

POR CINTO BUSQUET

Entereza japonesa

Todos hemos seguido día tras día con preocupación la inestable situación de la central nuclear de Fukushima después del terremoto y del tsunami en Japón el 11 de marzo. Además de una terrible destrucción, sin precedentes desde la II Guerra Mundial, y la muerte de miles de personas, el pueblo japonés ha tenido que afrontar días de gran incertidumbre ante la posibilidad de que las explosiones y las fugas radiactivas en la central nuclear desencadenaran un accidente nuclear a gran escala, parecido al de la central ucraniana de Chernóbil en 1986 o incluso peor.

En un país donde todo funciona a la perfección y la respuesta a cualquier irregularidad está más que prevista, un panorama catastrófico tan complejo e ingobernable ha desbordado cualquier previsión. Aún así, la sociedad en su conjunto ha reaccionado de manera ejemplar y con el esfuerzo de todos, ha sabido vivir en esta situación de con una dignidad envidiable. La gran lección de civismo que los japoneses nos han dado es una expresión de su carácter noble y solidario, forjado a lo largo de los siglos.

La primacía del conjunto

Desde la antigüedad, los japoneses han tenido que afrontar calamidades naturales de este tipo y han aprendido a superar grandes dificultades anteponiendo el interés colectivo a los intereses personales. El japonés, y el oriental en general, se autocomprende esencialmente como parte de un todo: vitalmente, como célula de un cuerpo; estructuralmente, como pieza de un gran engranaje que funciona bien en la medida en que todos sus componentes ejerzan correctamente la función que les ha sido asignada. Esta autoconciencia se refleja tanto en el ámbito social como en la actitud existencial que la persona

adopta ante los fenómenos naturales. La persona tiene conciencia de que no puede dominar ni el universo ni la sociedad y que, por lo tanto, tiene que someterse a sus reglas y respetar sus ritmos. Sólo si el individuo ocupa su propio lugar y no se rebela a lo inexorable, se podrá mantener la armonía social y el equilibrio cósmico. Y en situaciones críticas en las que éstos se alteran, la aceptación radical de lo inevitable permite alcanzar una nueva estabilidad de los elementos en relación, humanos y naturales.

Esta actitud estoica y serena, incluso ante un destino que a veces se manifiesta con toda su cruel fatalidad, no se puede improvisar ni tampoco imponer. Es el fruto maduro de una tenaz educación a injertar al individuo en un cierto contexto globalizador e inclusivo, tanto desde el punto de vista social como ontológico. El pensamiento confuciano, importado de China y profundamente arraigado en tierras niponas, es la base sobre la cual el sistema social japonés basa su incontestable eficacia. La sensibilidad religiosa autóctona, sintetizada por la tradición sintoísta de corte naturalista y más bien panteísta, ofrece el marco holístico en el cual el ser humano sitúa su propia existencia. El budismo, que desde el siglo VI convive en Japón con el sintoísmo y con el cual en cierto modo se ha amalgamado, proporciona los instrumentos ascéticos y metafísicos para cultivar la interioridad personal y reforzar la capacidad de sacrificio y de compromiso hacia los demás.

Identidad insular

En su historia milenaria, Japón no ha conocido el flagelo de invasiones extranjeras. En el siglo XIII, un potente tifón impidió a las naves mongolas de Kublai Khan, que estaban de camino para ocupar el país, la realización de sus proyectos imperialistas.

Desde la antigüedad, los japoneses han aprendido anteponer el interés colectivo a los intereses personales



La gran lección de civismo que los japoneses nos han dado es la expresión de un carácter forjado a lo largo de los siglos. Arriba, un niño se somete al control de radiactividad. Al lado, estado en que quedó la central nuclear de Fukushima tras ser envestida por el tsunami.

En el siglo XVI, portugueses y españoles establecieron interesantes intercambios comerciales y culturales; sin embargo, después de unos primeros decenios de cordial apertura a los europeos, el país se cerró por completo durante casi tres siglos a cualquier interferencia extranjera. Sólo con la derrota militar de 1945 frente a los Estados Unidos de América, el

país conoció por primera vez la humillación de la sumisión a una potencia extranjera.

En épocas remotas, importantes flujos migratorios desde el continente configuraron la base étnica de la población, pero la frontera natural marítima ha preservado la uniformidad racial de sus habitantes. Por este motivo, el límite entre lo que es propio y lo que es foráneo está claramente definido. No se confunde al connacional con el *gaijin* (extranjero), la «persona que llega de fuera». Este fuerte sentido de identidad colectiva es uno de los factores que facilita espontáneamente la solidaridad con las personas desfavorecidas del propio país. En cierto sentido, los deberes y los derechos que se derivan de los vínculos de sangre no se circunscriben solamente al ámbito estricta-



Un santuario sintoísta japonés.

mente familiar, sino que se extienden a la comunidad territorial y a la comunidad laboral a las que se pertenece, ampliándose progresivamente hasta la nación en su conjunto y – para los más “iluminados” y especialmente sensibles– hasta la entera humanidad. En este sentido, es digna de destacar la iniciativa por parte de muchas familias de las regiones que no han sido golpeadas por la catástrofe, de acoger en su casa, durante el tiempo necesario y de manera completamente desinteresada, a personas y familias procedentes de las zonas siniestradas.

Se califica frecuentemente la cultura japonesa de sincrética. Aparentemente, con una mirada superficial de sus ciudades, algún inexperto podría considerarla más bien occidentalizada. La realidad, es que Japón posee una impresionante capacidad de incorporar en los distintos niveles

de su vida cultural y social elementos provenientes de las culturas más dispares, y al mismo tiempo permanecer fiel a su patrimonio cultural. En cierta medida, todo puede ser “absorbido” por la cultura japonesa sin que por eso deje de ser ella misma. Todo lo que viene de fuera puede ser asimilado “a la japonesa” en un complejo entramado de opciones que enriquecen y fortalecen la identidad del pueblo japonés.

Un corazón religioso

La mayor parte de los japoneses no se identifica unilateralmente con una religión y, aún menos, con una institución religiosa determinada. Sintoísmo y budismo, a través de sus distintas escuelas y corrientes, se han complementado durante quince siglos como sistemas filosófico-religiosos que han sostenido la espiritualidad nipona. Con el expan-

sionismo japonés que inicia a finales del siglo XIX y se consolida durante la primera mitad del siglo XX, el sintoísmo fue favorecido como religión de Estado y la figura del emperador se sacralizó. Sin embargo, la actual constitución japonesa prohíbe otorgar privilegios a ninguna religión y establece la neta separación entre religión y Estado. La total ausencia de la religión como tal en el sistema educativo público japonés en los últimos sesenta y cinco años ha nutrido el desinterés de la población por las religiones organizadas; y más que por desconfianza o rechazo, por el total desconocimiento de lo que representan y enseñan.

A pesar de que sólo un 30% de los japoneses declara tener una afiliación religiosa específica, prácticamente la totalidad de ellos visita un templo budista o un santuario sintoísta durante las fiestas de inicio del año, o bien van a los cementerios a honrar y rezar por sus difuntos en los días tradicionalmente establecidos. Aparte de los funerales oficiados generalmente por monjes budistas (bonzos) y de las bodas celebradas por el rito sintoísta (según la usanza tradicional) o cristiano (de moda también entre muchos no bautizados que piden la bendición de su unión matrimonial a sacerdotes católicos y a pastores protestantes), los japoneses raramente acuden a ceremonias religiosas, pero en el 75% de las casas disponen de un pequeño altar sintoísta o budista delante del cual la familia se reúne para orar por sus difuntos.

El sentido de “lo sagrado”, por lo tanto, está vivo en la mayoría de los japoneses, aunque sociológicamente se pueda constatar entre las generaciones más jóvenes una visión más materialista y superficial de la existencia. En cualquier caso, confiesan tener sensibilidad religiosa, ya que muchos de los valores sobre los que fundan su acción denotan un sentido de sí mismos que trasciende la estrechez individualista y que se abre sinceramente a los demás y al Misterio profundo de la vida.

Creo que es precisamente este “corazón religioso” lo que está detrás de la ejemplar reacción del pueblo japonés ante las recientes catástrofes que lo han sacudido.

El autor de esta nota, Cinto Busquet (Gerona, 1961), es licenciado en Bioquímica y en Filología Catalana. Ha vivido 17 años en Japón, donde se licenció en Teología. Se ha especializado en Teología de las Religiones y ha profundizado en particular en las tradiciones espirituales asiáticas. Con una amplia experiencia en el campo del diálogo interreligioso, ha publicado dos libros y numerosos artículos. Cinto Busquet se hace creíble no tanto por la fuerza argumentativa, cuanto por la persuasión del testimonio personal de alguien que, entre Oriente y Occidente, ha sabido escuchar y ensanchar el horizonte de la mirada, descalzarse ante ese lugar sagrado que es cada ser humano.